

## REPARTO

### PERSONAJES

### ACTORES

MAMÁ DOLORES.....	BALBINA VALVERDE.
SOCORRITO.....	CONCHA RUIZ.
CLOTILDE .....	CLOTILDE DOMUS.
CURRA.....	LEOCADIA ALBA.
LA GITANA.....	MATILDE RODRÍGUEZ.
JUANITA.....	MATILDE RODRÍGUEZ MENÉNDEZ.
ANDREA .....	LUISA BELTRÁN.
ISABEL .....	CARMEN BLANCO.
ÁLVARO.....	JOSÉ CALLE.
DON RUFINO.....	JOSÉ RUBIO.
EL TONTO MEDINA..	JOSÉ SANTIAGO (1).
GASPAR.....	RICARDO SIMÓ-RASO.

Todos, á excepción de Álvaro, hablan con acento andaluz.

(1) En Madrid substituyó al Sr. Santiago en la representación de este papel en el Teatro Lara, el Sr. Barrycoa.

## ACTO PRIMERO

Gabinete bajo, de confianza, en casa de don Rufino Valcárcel, adinerado labrador de Arenales del Río, pueblo andaluz. Una puerta vidriera al foro y otra á la izquierda del actor. Á la derecha, amplia ventana enrejada que arranca desde el suelo, y cuyo hueco viene á ser como una prolongación del gabinete. Tocando á los hierros, en el frente y en los costados, puertas y puertecillas de cristales; en el muro, puertas de madera. En el centro del gabinete una mesa con tapa de mármol. Al foro un piano y una consola. Sillas que hacen juego con la consola, y algunas de rejilla. Dos mecedoras y una silla baja. Sobre la consola, el piano y la mesa, varios retratos en caballetes, un álbum, algunos jarrones con flores del tiempo y un par de caracoles de mar. En las paredes, dos ó tres retratos antiguos al óleo. Lámpara de luz eléctrica colgada en medio de la escena. Estera de junco. Es á la caída de la tarde.

MAMÁ DOLORES sentada á la ventana, que es su observatorio, y una de cuyas puertas de cristales tiene abierta, monologea comentando todo lo que ve en la calle.

DON RUFINO pasca, monologeando también, entre los vapores de la

digestión y de la borrachera «sorda» que tiene siempre encima. De cuando en cuando se dirigen sus observaciones el uno al otro.

Mamá Dolores es una señora muy vieja y muy limpia, con rodete postizo y cofia de seda.

Don Rufino, su marido, un señor algo más viejo que ella, pero que se conserva entero y fuerte. Desaliñado en el vestir, se tiñe muy mal el pelo y el bigote; y lo encendido y llameante de sus narices y carrillos delatan la poca estimación en que tiene el agua.

DON RUFINO. Bien... bien... Está bien... ¡Pschál!... Otra golondrina... Digo que está bien... requetebién...

*Aquellas que aprendieron nuestros nombres...*  
¡Pschál!... Y así va todo... y ande yo caliente... y viva la gallina, y viva con su pepita... ¡Pschál! Parece que tengo quince abriles.

MAMÁ DOLORES. Allá van los tres... Capullos, sinvergüenzas... Á la tabernilla, de seguro... Cochinos... Míralos; ya entraron... Á salir como tres pellejos... ¡Qué juventud! ¡qué pollería!... Indecentones... ANDREA, criada de la casa, sale por la puerta del foro y se va por la de la izquierda, roja de llorar y extremando un tanto los sollazos, como para inspirar interés, Mamá Dolores, al verla pasar, le dice: Cierra bien, no se cuele aquí Pepa.

DON RUFINO. La vida es la vida... Mentira... patraña... El momento presente: no hay más... Á ti te lo digo, Antonio, para que lo entiendas, Pedro... Pedro en castellano, *Petrus* en latín, *Pierre* en francés, *Pietro* en italiano, *Peter* en inglés, y el que sepa más lenguas que lo diga... ¡Pschál!... Y el mundo dando vueltas...

MAMÁ DOLORES. Qué mala cara tiene hoy Ma-

ría Remedios... Adiós. Adiós. Cada día ve menos esa chiquilla. Digo, ¿le parece á usted? Mira, Rufino, mira la mujer de Jenaro cómo va. Pero que ese hombre le consienta...

DON RUFINO. Acomódese un momento á ver á la señora en cuestión. Mucho, mucho... También sé decir en siete lenguas lo que es Jenaro.

MAMÁ DOLORES. Saludándola muy expresivamente, Vaya usted con Dios... Concluyendo la frase para sí, grandísima chulona. Va sin enaguas esa mujer... Apriétate más la falda, hija mía, que se te señalen hasta las venas. Anda, no seas tonta... Escandalosa... rabanera... Adiós, Ramoncillo. Y dile á tu hermana que te zurza los pantalones. Buenas tardes... Buenas tardes... Buenas tardes, María. Ya vuelve la gente del campo.

DON RUFINO. *En el campito llueve,  
mi amor se moja...*

¿Cómo? ¿Qué decías?

MAMÁ DOLORES. No hablaba contigo.

DON RUFINO. *Quién fuera chaparrito  
lleno de hoja.*

MAMÁ DOLORES. Adiós, Meléndez. Dios me perdone; pero el sacristán nuevo me parece un poquito... Con fino además da á entender que le parece afeminado. Allí viene ya Socorrito. Gracias á Dios: me aburre de estar sola. Y el Tonto Medina viene detrás de ella.

DON RUFINO. ¡Oh, qué placer! El Tonto es mi hombre.

MAMÁ DOLORES. Claro; es tan borrachón como tú... Buen par de bigardos estáis.

Salen por la puerta del foro SOCORRITO y el TONTO MEDINA.

Socorrito viene con un traje muy sencillo de color vivo, y un mantón de espuma puesto en forma de chal.

El Tonto Medina, que la sigue, viste de americana y sombrero flojo. La ropa le está grande. Habla con cierto esfuerzo, tartamudea al romper, y es un tanto gangoso.

SOCORRITO. Esto de que en todo Arenales no haya más hombre que haga el amor que el Tonto Medina, es para pensar en los fósforos con aguardiente.

MAMÁ DOLORES. ¡Ja, ja, ja! ¿Cómo estás, hijita?

Se besan. Socorrito se sienta á su lado.

TONTO. El .. el... el caso es que lo mismo dicen todas, y cuando falto yo me mandan buscar, mamá Dolores

MAMÁ DOLORES. Di tú que sí, Juanillo.

DON RUFINO. Di tú que sí. ¡Eres el capitán Montoya!

TONTO. ¡Ji, ji! E... e... ellas lo negarán; pero la que más y la que menos sueña conmigo por la noche.

SOCORRITO. Ay, ya lo creo; yo, todas las noches. Y si duermo siesta, en la siesta también.

TONTO. É... échalo á broma. Yo... yo lo saco por mí, que me acuesto pensando cada noche en una; y sueño con ella sin remedio.

MAMÁ DOLORES. Bueno, sí; pero no nos vayas á contar lo que sueñas, tú.

TONTO. ¡Ji, ji!... Ve... ve... verá usted: la otra noche, sin ir más lejos...

MAMÁ DOLORES. Á ver si te callas, sinvergüenza. Rufino, llévate á éste.

SOCORRITO. Lléveselo usted, don Rufino. Que no sueñe en voz alta.

DON RUFINO. ¿Cómo si me lo llevo? ¡Encantado! Y que no está él suspirando por otra cosa.

TONTO. Pues... pues no piense usted que lo hago por la bebida. Es que en ninguna parte lo paso más á gusto que con usted.

DON RUFINO. Sin que me lo jures lo creo. Modestia aparte, ¿sabes? Yéndose con él hacia el foro. Porque, mira: en este pueblo, Juanillo, no hay más que dos hombres que tengan vergüenza.

TONTO. Sí, sí, sí, señor; muy bien dicho; dos nada más: usted y yo.

DON RUFINO. No; mi hermano y yo. Tú no has tenido nunca vergüenza.

TONTO. ¡Ji, ji!

DON RUFINO. Ni ninguno de tu familia tampoco.

TONTO. ¡Ji, ji! ¡Y lo gracioso es que es verdad! ¡Em... empezando por mi hermana! ¡Ji, ji!...

Don Rufino y él se van riéndose escandalosamente por la puerta del foro, hacia la izquierda.

MAMÁ DOLORES. Y siguiendo por tu padre, y por tu tía, y por toda tu parentela, cochino.

SOCORRITO. Es mucho tonto. Digo, tonto... No crea usted que es tan tonto.

MAMÁ DOLORES. ¿Me lo vas á contar á mí?

SOCORRITO. Se figura que siempre están jugando á la gallina ciega.

MAMÁ DOLORES. ¿Cómo no viniste esta mañana, Socorrillo?

SOCORRITO. Porque estuve en las Monjas.

MAMÁ DOLORES. ¡Ay, es verdad!

SOCORRITO. Si viera usted qué mal rato pasé... ¡Pobre Carolina! Hace una impresión ver á una muchacha tan bonita que se encierra allí para no salir más... Porque cuando se encierra una fea no se siente tanto.

MAMÁ DOLORES. Claro que no. Yo no he querido ir, por lo mismo.

SOCORRITO. Mire usted: hubo un instante, cuando le cortaron el pelo, aquel pelo tan lindo que tenía esa criatura, que me entró una angustia, una cosa tan rara .. Vamos, yo me eché mano al moño, creyendo que me lo cortaban también. No sé á quién se le habrá ocurrido que para adorar á Dios sea preciso quedarse pelona. Luego le quitaron las joyas, las flores... Á mí me parecía que le iba doliendo cada cosa que le quitaban. Le digo á usted que pasé un rato... Bueno, y la pobrecita de la madre llorando como una Magdalena.

MAMÁ DOLORES. Me lo figuro. ¡Lástima de niña! Y sin vocación de monja, ¿sabes tú? Porque esto es lo gordo. ¡Claro! Si lo que yo no sé, con estos pollos de Arenales, cómo no hay una toma de hábito cada día... Borregos, curdones, zambullos...

SOCORRITO. ¡Cuidado con la vida que llevaba la pobre Carolal...

MAMÁ DOLORES. La que todas lleváis: la que llevas tú. Sólo que tú eres de las que se resignan.

SOCORRITO. ¿Qué remedio? ¿Voy á empezar á tirar piedras por la calle, para que me tomen por

loca? Cargar con un ganso de estos del pueblo, no cargo. Dios me libre. ¿Esposa del Señor? No me lo merezco. Me tira mucho el mundo, mamá Dolores. Lástima que no me dejen arreglarlo á mi gusto, que estaríamos todos en la gloria.

MAMÁ DOLORES. Y Carolina aquí con nosotras, y no en el convento, ¿verdad?

*Detrás de la ventana, en la calle, asoma CLOTILDE.*

CLOTILDE. Mamá Dolores.

MAMÁ DOLORES. ¡Clotildilla! ¿No entras?

CLOTILDE. ¿Podrá llevarme luego María Rosa?

MAMÁ DOLORES. Sí, pimpollo. Mira que la pregunta... Entra, entra.

CLOTILDE. Como hablando con un criado que no sale. Véte, Antonio. Luego me acompañarán de aquí.

*Desaparece de la ventana y llega á poco por la puerta del foro. Viste mantón y traje semejantes á los de Socorruto.*

MAMÁ DOLORES. Me hace gracia esta Clotildilla. Lleva el diablo en el cuerpo.

SOCORRITO. Es una manera de inventar cosas... No tenía precio para novelista por entregas.

CLOTILDE. *Saliendo.* ¿Qué será de nosotras el día que nos falte mamá Dolores? La besa. ¿No es verdad, Socorruto?

*Se besan las dos. Clotilde se sienta al otro lado de mamá Dolores.*

SOCORRITO. Como que es la única señora tratable que hay en el pueblo.

CLOTILDE. Calla, mujer. Si aquí parece que tratarse cuesta dinero. Acabo de pasar por casa de Julia Peña, y tiene ya la puerta cerrada.

MAMÁ DOLORES. Eso es para no gastar luz eléctrica. Desde que la han instalado, hija, hasta

leen el periódico á oscuras. Se ríen las tres. Dicen ustedes... Yo sí que les agradezco que vengan á acompañar á esta vieja pilonga.

CLOTILDE. Pues le advierto á usted que aunque tuviéramos novios vendríamos lo mismo.

MAMÁ DOLORES. Sí, sí, novios. De eso hablábamos ésta y yo. Andan por las nubes. Por supuesto, á la que hay que oír es á la Chata. Está rabiosa. Dice que el Gobierno debe tomar cartas en el asunto; y que si la vida se ha puesto cara, y el matrimonio se hace imposible, que quiten los consumos, y á ver cómo se arregla eso.

CLOTILDE. Yo le propuse el otro día que sacáramos un santo á paseo, como cuando hace falta que llueva.

SOCORRITO. Sí; pero á eso dice que los santos nos llevan la contraria porque no han tenido novia nunca.

MAMÁ DOLORES. Ella lo que quiere á todo trance es un motín; una algarada. Romper los cristales de todas las casas donde haya un soltero. Yo le he dicho que cuente conmigo; que como arme una manifestación, yo llevo la bandera. Sí, hija, sí; porque los noviazgos han de estar en sazón, y las muchachas, como las flores, tienen su punto. Y se pasa un año, y se pasa otro, y se pasa otro... y se va la juventud antes que lo penséis.

CLOTILDE. Dígamelo usted á mí, que cumplo los años de cuatro en cuatro.

MAMÁ DOLORES. ¡Chiquilla!

SOCORRITO. ¿Es posible eso?

CLOTILDE. Como lo oyes. Mira: yo tengo ahora

diecinueve. Pues los primeros que cumpla— ¡horrorízate!—serán veintitrés.

SOCORRITO. ¿Veintitrés?

CLOTILDE. ¿No ves tú que los años bisiestos van de cuatro en cuatro, y yo nací en un veintinueve de Febrero?

*Las otras dos sueltan la risa.*

MAMÁ DOLORES. ¡Pero qué cosas sacas!

CLOTILDE. Á mí, después de todo, más que lo de los novios, me preocupa lo de los años; porque como novio siempre tengo el que me da la gana...

SOCORRITO. De imaginación.

CLOTILDE. Á falta de los de carne y hueso, llenan su sitito los pobres. Yo sostengo correspondencia con tres y cuatro novios á la vez. Y con un inglés he estado á punto de casarme. Hasta expuse el equipo en una tienda de Sevilla. Aquel muchacho me gustaba. Si como era de mentira, llega á ser de verdad, nos casamos.

MAMÁ DOLORES. También fué una lástima, mujer.

CLOTILDE. Me llevo la noche entera escribiendo cartas y tarjetas postales. Y me divierto mucho, porque como escribo también las contestaciones, ¡me digo unas cosas!...

MAMÁ DOLORES. ¿Habéis estado esta tarde en la estación?

SOCORRITO. Yo, no: hace dos tardes que no voy.

CLOTILDE. Yo, sí. En Arenales no hay más diversión ni más esperanza que ver pasar los trenes... Y tú no debías faltar nunca, aunque sólo fuera por gratitud.